

“El Adviento: tiempo de espera, conversión y esperanza” (23-XI-2022)

1. El Adviento: tiempo de espera (paciencia), conversión (obediencia) y esperanza (promesa)

*«Mirad las estrellas fulgentes brillar,
sus luces anuncian que Dios ahí está,
la noche en silencio, la noche en su paz,
murmura esperanzas cumpliéndose ya.
Los ángeles santos, que vienen y van,
preparan caminos por donde vendrá
el Hijo del Padre, el Verbo eternal,
al mundo del hombre en carne mortal.
Abrid vuestras puertas, ciudades de paz,
que el Rey de la gloria ya pronto vendrá;
abrid corazones, hermanos, cantad
que vuestra esperanza cumplida será.
Los justos sabían que el hambre de Dios
vendría a colmarla el Dios del Amor,
su Vida es su vida, su Amor es su amor
serían un día su gracia y su don.
Ven pronto, Mesías, ven pronto, Señor,
los hombres hermanos esperan tu voz,
tu luz, tu mirada, tu vida, tu amor.
Ven pronto, Mesías, sé Dios Salvador. Amén» (Himno de Adviento).*

Como dice San Pablo, *«la creación, expectante, está aguardando la plena manifestación de los hijos de Dios; en efecto, la creación fue sometida a la frustración, no por su voluntad, sino por aquel que la sometió, con la esperanza de que la creación misma sería liberada de la esclavitud de la corrupción, para entrar en la gloriosa libertad de los hijos de Dios. Porque sabemos que hasta hoy toda la creación está gimiendo y sufre dolores de parto. Y no solo eso, sino que también nosotros, que poseemos las primicias del Espíritu, gemimos en nuestro interior, aguardando la adopción filial, la redención de nuestro cuerpo. Pues hemos sido salvados en esperanza. Y una esperanza que se ve, no es esperanza; ¿cómo va a esperar uno algo que ve? Pero, si esperamos lo que no vemos, aguardamos con perseverancia»* (Rm 8,19-25).

El Adviento es un “tiempo de esperanza” en las promesas de Dios: nos abre al Evangelio, a la revelación del “misterio escondido” en la historia de todos y cada uno de nosotros: la *irrupción de Dios en el tiempo y del hombre en la Eternidad*, porque el Hijo de Dios se ha hecho hombre para hacernos “hijos de Dios” (lo que aún no se ha manifestado en nosotros). Según el Papa Francisco: *«Un sabio, mirando un huevo, es capaz de ver un águila; mirando una semilla percibe un gran árbol; mirando a un pecador vislumbra a un santo». Así nos mira Dios, en cada uno de nosotros ve potencialidades que nosotros mismos desconocemos, y actúa incansablemente durante toda nuestra vida para que podamos ponerlas al servicio del bien común. Por eso, en aquella joven de Nazaret vio a la Madre de Dios; en el pescador Simón, hijo de Jonás, vio a Pedro, la roca sobre la que edificaría su Iglesia; en el publicano Leví reconoció al apóstol y evangelista Mateo; y en Saulo, duro perseguidor de los cristianos, vio a Pablo, el apóstol de los gentiles. Su mirada de amor siempre nos alcanza, nos conmueve, nos libera y nos transforma, haciéndonos personas nuevas»* (*Jornada de Oración por las Vocaciones de 2022*).

Y así, nos enseña a entender el “sentido cristiano” de la vida y del tiempo, porque el Dios Eterno “ya” está presente en la historia, aunque “todavía no” plena y definitivamente, y «Jesucristo es el mismo ayer, hoy y siempre» (Hb 3,8). Por eso, «el Adviento es sinónimo de *esperanza*: no la esperanza vana de un “dios sin rostro”, sino la confianza concreta y cierta del regreso de Aquel que ya nos ha visitado. Es la esperanza en Dios, que se encarna en Navidad» (Juan Pablo II). Su Venida abraza el misterio del tiempo, la historia de la humanidad y la vida de cada uno de nosotros, porque Dios:

- a) “*Ya ha venido*” (en el *pasado*): «en la humildad de nuestra carne, realizando el plan de salvación trazado desde antiguo y abriéndonos el camino de la salvación» (Pref. I).
- b) “*Está viniendo*” (en el *presente*): «a nuestro encuentro, en cada hombre y en cada acontecimiento, para que lo recibamos en la fe y, por el amor, demos testimonio de la espera dichosa de su reino» (Pref. III).
- c) “*Vendrá de nuevo*” (en el *futuro*): «en la majestad de su gloria, revelando la plenitud de su obra, para que podamos recibir los bienes prometidos que ahora, en vigilante espera, confiamos alcanzar» (Pref. I).

«De manera que, en la *primera venida*, el Señor vino “en carne y debilidad”; en esta *segunda*, “en espíritu y poder”; y, en la *última*, “en gloria y majestad”. Esta *venida intermedia* es como una senda por la que se pasa de la primera a la última: en la *primera*, Cristo fue nuestra redención; en la *última*, aparecerá como nuestra vida; en ésta, es nuestro *descanso* y nuestro *consuelo*» (San Bernardo).

Así, «la existencia humana, aunque está sometida al tiempo, es introducida por Cristo en el horizonte de la eternidad... en el horizonte de Dios, fin de la historia y del hombre» (S. Juan Pablo II). Por eso, miramos al futuro (el tercer milenio) con *esperanza*: «¡*Caminemos con esperanza!* Un *nuevo milenio* se abre ante la Iglesia como un océano inmenso en el que hay que aventurarse, contando con la ayuda de Cristo. El Hijo de Dios, que se encarnó hace dos mil años por amor al hombre, realiza también hoy su obra. Hemos de agudizar la vista para verla y, sobre todo, tener un corazón grande para convertirnos nosotros mismos en sus instrumentos» (NMI 58). Incluso en los momentos más difíciles, es posible la esperanza: «Me encuentro lejos de la paz, he olvidado la dicha [...] Pero algo traigo a la memoria, algo que me hace esperar. Que el amor del Señor no se ha acabado, no se ha agotado su ternura. Mañana tras mañana se renuevan. ¡Grande es su fidelidad! [...] Es bueno esperar en silencio la salvación del Señor» (Lm 3,17.21-23.26).

Por eso, se nos invita a no desanimarnos, sino “actuar con esperanza”, como la Virgen María, “preñada de Dios”, en estado de “buena esperanza” por su “fiat”, su “sí” total a Dios, porque: «“La vida se acrecienta dándola y se debilita en el aislamiento y la comodidad. De hecho, los que más disfrutan de la vida son los que dejan la seguridad de la orilla y se apasionan en la misión de comunicar vida a los demás... Aquí descubrimos otra ley profunda de la realidad: que la vida se alcanza y madura a medida que se entrega para dar vida a los otros. Eso es en definitiva la misión”. Por consiguiente... recobremos y acrecentemos el fervor, “la dulce y confortadora alegría de evangelizar, incluso cuando hay que sembrar entre lágrimas [...] Y ojalá el mundo actual –que busca a veces con angustia y otras con esperanza– pueda así recibir la Buena Nueva, no a través de evangelizadores tristes y desalentados, impacientes o ansiosos, sino a través de ministros del Evangelio cuya vida irradia el fervor de quienes han recibido, ante todo en sí mismos, la alegría de Cristo”» (EG 10).

2. En un mundo “desesperanzado”, sin “noticias de Dios”

Se nos pide vivir y anunciar la “esperanza” –como testigos del Amor de Dios “encarnado” en Jesucristo, en María y en la Iglesia– en un “mundo sin Esperanza”, sin “noticias de Dios”, sin conciencia de la Promesa que la vida encierra, en el que, como dice el Papa Francisco: «El miedo y la desesperación se apoderan del corazón de numerosas personas, incluso en los llamados países ricos» (EG 52). Les ocurre como a los cristianos de Éfeso, que, según san Pablo, «antes de su encuentro con Cristo no tenían en el mundo “ni esperanza ni Dios” (Ef 2,12)» (*Spe Salvi*, n. 2). Por eso, para ellos:

«El *cristianismo* no era solamente una “buena noticia”, una comunicación de *contenidos* desconocidos hasta aquel momento ...no era sólo “informativo”, sino “performativo”... (era) una comunicación que comporta *hechos y cambia la vida*. La puerta oscura del tiempo, del futuro, se ha abierto de par en par. Quien tiene *esperanza* vive de otra manera; se la ha dado una *vida nueva*» (*Spe Salvi*, n. 2).

En nuestro tiempo, *Dios parece ausente e irrelevante* en la vida de la gente y se vive “como si Dios no existiera”: con la convicción de que “todo está permitido”, vacío de valor y de sentido (“comamos y bebamos que mañana moriremos”); con la tentación de juzgarlo todo intrascendente, inútil o indiferente; y con “sensación de impotencia” para cambiar las cosas: «*Vanidad de vanidades, todo es vanidad*» (Ecl 1,2). Y es que, según el Papa Francisco, «así como el bien tiende a comunicarse, el mal consentido, que es la injusticia, tiende a expandir su potencia dañina y a socavar silenciosamente las bases de cualquier sistema político y social por más sólido que parezca. Si cada acción tiene consecuencias, un mal enquistado en las estructuras de una sociedad tiene siempre un potencial de disolución y de muerte. Es el mal cristalizado en estructuras sociales injustas, a partir del cual no puede esperarse un futuro mejor... el “fin de la historia”, porque las condiciones de un desarrollo sostenible y en paz no están todavía adecuadamente planteadas y realizadas» (EG 59).

El *hombre actual, desencantado y desesperanzado*, sin ilusiones ni aspiraciones trascendentes, vive “plácidamente instalado en la finitud” (Tierno Galván), en el aquí y ahora, en la inmediatez y la inmanencia, vacío de sentido y proyecto. Y, a veces, se nos contagia su *agnosticismo, escepticismo y derrotismo*, cuando pensamos que todo está perdido, que no hay nada que hacer y que sólo cabe resignarse al sinsentido, a la banalidad y a la injusticia, o a la “apostasía silenciosa” que nos rodea. Incluso muchos de los que se comprometen en favor de los demás, dice el Papa, «caen en la ‘acedia’ (la desidia) por no saber esperar y querer dominar el ritmo de la vida. El inmediatismo ansioso de estos tiempos hace que los agentes pastorales no toleren fácilmente lo que signifique alguna contradicción, un aparente fracaso, una crítica, una cruz... Desilusionados con la realidad, con la Iglesia o consigo mismos, viven la constante tentación de apegarse a una tristeza dulzona, sin esperanza, que se apodera del corazón como “el más preciado de los elixires del demonio” (G. Bernanos)» (EG 82). Por eso, «se necesitan sobre todo personas de fe que, con su propia vida, mantengan viva la esperanza... ¡No nos dejemos robar la esperanza!» (EG 86). Por eso, nos ofrece un consejo sorprendente:

«Es conveniente escuchar a los jóvenes y a los ancianos. Ambos son la esperanza de los pueblos. Los ancianos aportan la memoria y la sabiduría de la experiencia, que invita a no repetir tontamente los mismos errores del pasado. Los jóvenes nos llaman a despertar y acrecentar la esperanza, porque llevan en sí las nuevas tendencias de la humanidad y nos abren al futuro, de manera que no nos quedemos anclados en la nostalgia de estructuras y costumbres que ya no son

cauces de vida en el mundo actual. Los desafíos están para superarlos. Seamos realistas, pero sin perder la alegría, la audacia y la entrega esperanzada» (EG 108-109).

A menudo, sin embargo, somos *inconscientes de la "enfermedad mortal" que nos aflige* y nos preocupamos de lo que en realidad no es importante: vivimos "desesperanzados" sin ser conscientes de ello. Porque la *esperanza*, como la *desesperación*, nos hablan de "lo-Eterno" en el hombre, de esa "infinita verticalidad" que le compete por ser "espíritu" (mayor de la que le viene por el hecho de "andar erguido") y estar llamado a la *santidad* (no a la *mediocridad*) y a la *comunión con Dios* (no a la *reencarnación* ni a la *aniquilación*). La *desesperación* entraña una *contradicción incurable* y una *autodestrucción impotente*, incapaz de conseguir lo que pretende, porque el hombre no puede eliminar "lo-Eterno" de sí, aunque lo niegue; rechazar o negar -por debilidad u obstinación- lo que realmente es: «*imagen y semejanza*» de Dios -religando al Amor que le sustenta-; y pretender darse o inventarse su propio ser -desligándose del Amor que le sustenta-. Es desconocer el Amor y el Poder de Dios que, con la Encarnación, nos hace "hijos" y "coherederos" en Cristo:

«Todo esto me recuerda la historia de aquel labriego que llegó descalzo a la ciudad y había ganado una tan respetable suma que pudo comprarse un par de zapatos y medias nuevas, quedándole todavía lo suficiente como para coger una borrachera de las buenas... Tan borracho como estaba no pudo encontrar el camino de su aldea y, mientras lo buscaba, se quedó dormido y cruzado en medio de la carretera. A la hora del alba vino por allí un coche de caballos al galope, los cuales, naturalmente, tuvieron que pararse en seco. El cochero se puso a gritar como un loco, diciéndole que o se hacía inmediatamente hacia la cuneta, o no tendría más remedio que pasar por encima de sus piernas. Con tantos gritos, el labriego borracho se despertó y, atendiendo a lo que el cochero decía, se puso a mirar sus piernas, pero al ver las medias y los zapatos nuevos que las cubrían no las conoció, con lo que se puso a gritar a su vez: ¡Pasa, que no son las mías!» (S. Kierkegaard).

Esta "*desesperación por debilidad*" se relaciona con lo que la tradición espiritual denominaba "*acedia*": «una especie de *angustioso vértigo* que acomete al hombre cuando se da cuenta de la altura adonde lo eleva Dios. El hombre afectado de *acedia* no tiene ni el ánimo ni la voluntad de ser tan grande como realmente es. Preferiría empequeñecerse para sustraerse a la obligación de su grandeza. Es una *humildad pervertida*: no quiere aceptar los bienes sobrenaturales, porque implican esencialmente una exigencia para el que los recibe. Es, en la medida en que pasa del terreno del *afecto* al de la *decisión* espiritual, una *aversión* consciente, una auténtica *huida de Dios*» (J.Pieper). A pesar de nuestra debilidad, según el Papa, «todos somos llamados a ofrecer a los demás el testimonio explícito del amor salvífico del Señor, que más allá de nuestras imperfecciones nos ofrece su cercanía, su Palabra, su fuerza, y da sentido a nuestra vida. Tu corazón sabe que no es lo mismo la vida sin Él, y eso que has descubierto, que te ayuda a vivir y que te da una esperanza, es lo que necesitas comunicar a los otros. Nuestra imperfección no debe ser una excusa; al contrario, la misión es un estímulo constante para no quedarse en la mediocridad y para seguir creciendo. El testimonio de fe que todo cristiano está llamado a ofrecer implica decir como san Pablo: "No es que lo tenga ya conseguido o que ya sea perfecto, sino que continúo mi carrera [...] y me lanzo a lo que está por delante" (Flp 3,12-13)» (EG 121). A veces, añade el Papa, nos preguntamos:

«¿Para qué me voy a privar de mis comodidades y placeres si no voy a ver ningún resultado importante?». Y responde: «Esa actitud es precisamente una excusa maligna para quedarse encerrados en la comodidad, la flojera, la tristeza insatisfecha, el vacío egoísta. Se trata de una actitud autodestructiva porque "el hombre no puede vivir sin esperanza: su vida, condenada a la

insignificancia, se volvería insoportable". Si pensamos que las cosas no van a cambiar, recordemos que Jesucristo ha triunfado sobre el pecado y la muerte y está lleno de poder. Jesucristo verdaderamente vive... El Evangelio nos relata que cuando los primeros discípulos salieron a predicar "el Señor colaboraba con ellos y confirmaba la Palabra" (Mc 16,20). Eso también sucede hoy. Se nos invita a descubrirlo, a vivirlo. Cristo resucitado y glorioso es la fuente profunda de nuestra esperanza, y no nos faltará su ayuda para cumplir la misión *Él que nos encomienda* (EG 275).

3. "Alumbrar la esperanza": 'gracia' (don) y 'exigencia' (conversión) del Adviento

El Adviento nos invita precisamente a "vivir en estado de buena esperanza", hambreado "noticias de Dios", como la Virgen María, en actitud de "permanente Anunciación", porque Cristo *«ya ha venido, está viniendo y vendrá»*, sale siempre a nuestro encuentro *«en la encrucijada de todos los caminos»* (Pablo VI). Por eso, pedimos: *«Dios todopoderoso, que nos mandas abrir camino a Cristo, el Señor; no permitas que desfallezcamos en nuestra debilidad los que esperamos la llegada saludable del que viene a sanarnos de todos nuestros males»* (Miércoles II). En esta línea, el Papa Francisco subraya la esperanza de los pobres y sencillos: *«Pienso en la fe firme de esas madres al pie del lecho del hijo enfermo que se aferran a un rosario, aunque no sepan hilvanar las proposiciones del Credo, o en tanta carga de esperanza derramada en una vela que se enciende en un humilde hogar para pedir ayuda a María»* (EG 125).

La *esperanza* nos anima a creer posible -para nosotros y para todos, sobre todo para los pobres- la plena posesión de lo que en el fondo deseamos, «poniendo nuestra confianza en las promesas de Cristo y apoyándonos, no en nuestras fuerzas, sino en los auxilios de la gracia del Espíritu Santo» (CEC 1817). Y sabiendo que «los sufrimientos del presente no son comparables a la gloria que se manifestará en nosotros» (Rm 8,18), e incluso «gloriándonos en las tribulaciones, porque la tribulación engendra paciencia, la paciencia virtud probada, la virtud probada esperanza y la esperanza no defrauda, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado» (Rm 5,3-5). De hecho, como dice también el Papa Francisco: «La identidad cristiana, que es ese abrazo bautismal que nos dio de pequeños el Padre, nos hace anhelar, como hijos pródigos –y predilectos en María–, el otro abrazo, el del Padre misericordioso que nos espera en la gloria. Hacer que nuestro pueblo se sienta como en medio de estos dos abrazos es la dura pero hermosa tarea del que predica el Evangelio» (EG 144). Una "dura y hermosa tarea" que se nos encomienda, especialmente, hacia los más pobres y vulnerables, los más necesitados de esperanza y quizás, al mismo tiempo, los más tentados de desesperación. Porque, frente al *escándalo del mal*, que nos hunde en la *desesperación*, está el *escándalo de la fe*, que nos abre a la esperanza, a creer posible lo imposible: la victoria sobre el mal, el pecado y la muerte, la salvación del hombre y del mundo en la comunión con Dios. Pero es precisa la humildad de María para acoger el Amor que nos justifica (superando la incredulidad y el orgullo que nos cierran al don de Dios), como dice Kierkegaard en una de sus fábulas:

«Había una vez un pobre jornalero eventual y un poderoso embajador, el más poderoso de todos los que han reinado en el mundo. Un buen día, de repente, ese gran emperador tuvo el capricho de mandar llamar al jornalero... el pobre jornalero, por su parte, jamás habría soñado que el emperador estuviera enterado de su existencia. ¡Lo que él habría gozado con lograr ver al emperador una sola vez, siquiera de pasada! Sin embargo, lo curioso del caso es que el emperador lo mandó llamar precisamente para ofrecerle la mano de su hija, la poderosa princesa. ¿Qué

pasaría entonces? La parecería humanamente -y es lógico- que se trataba de una cosa extraña hasta más no poder, de algo que no tenía ni pies ni cabeza y sobre lo que no hablaría con nadie por nada del mundo. De tratarse de un pequeño favor imperial, el jornalero lo habría podido comprender bastante bien; en cambio, lo de ser yerno del emperador no le entraba ni le podía entrar a nadie en la cabeza, porque a todas luces era una exageración enorme. Todo quedaba sometido a la fe y a expensas de que el jornalero tuviese el suficiente coraje, propio de la humildad, para atreverse a creerlo. ¿Cuántos jornaleros serían capaces de tener ese coraje? De seguro que el que no lo tuviera se iba a escandalizar; porque lo extraordinario le sonaría casi como una broma que se le quería hacer. Y quizá dijese, con toda honradez e ingenuidad: “Esas cosas son demasiado altas para mí y no pueden entrar en mi cabeza; en una palabra y sin rodeos, que todo esto me parece sencillamente una locura».

Ésta es, en cambio, la condición del cristiano, que existe “delante de Dios” y que puede hablar con Él siempre que quiera, seguro de que Dios lo escucha, como dice Benedicto XVI de Santa Josefina Bhakita, una esclava de Sudán que «después de los terribles “dueños” de los que había sido propiedad hasta aquel momento, llegó a conocer un “dueño” totalmente diferente –que llamó “paron” en el dialecto veneciano que había aprendido–, al Dios vivo, el Dios de Jesucristo... un “Paron” por encima de todos los dueños, el Señor de todos los señores,... que también la conocía, la había creado también a ella; más aún, que la quería. También ella era amada, y precisamente por el “Paron” supremo, ante el cual todos los demás no son más que míseros siervos. Ella era conocida y amada, y era esperada. Incluso más: este Dueño había afrontado personalmente el destino de ser maltratado y ahora la esperaba “a la derecha de Dios Padre”. En este momento tuvo “esperanza”; no sólo la *pequeña esperanza* de encontrar dueños menos crueles, sino la *gran esperanza*: yo soy definitivamente amada, suceda lo que suceda; este gran Amor me espera. Por eso mi vida es hermosa. A través del conocimiento de esta esperanza ella fue “redimida”, ya no se sentía esclava, sino hija libre de Dios» (*SpS* 3).

Se muestra así el *valor teologal de la esperanza*, que desborda infinitamente nuestras posibilidades y nos abre a la acción salvífica de Dios: «*En esperanza fuimos salvados*, dice san Pablo a los Romanos y también a nosotros» (*SpS* 1). Porque sólo Dios puede orientar rectamente nuestro *deseo* y darle cumplimiento, oramos: «*Dios todopoderoso, aviva en tus fieles, al comenzar el Adviento, el deseo de salir al encuentro de Cristo, que viene, acompañados por las buenas obras, para que, colocados un día a tu derecha, merezcan poseer el reino eterno*» (Domingo I). Por eso, como recuerda el Papa Francisco, «el mandato es: “Id por todo el mundo, anunciad la Buena Noticia a toda la creación” (Mc 16,15), porque “toda la creación espera ansiosamente esta revelación de los hijos de Dios” (Rm 8,19). Toda la creación quiere decir también todos los aspectos de la vida humana, de manera que “la misión del anuncio de la Buena Nueva de Jesucristo tiene un destino universal. Su mandato de caridad abraza todas las dimensiones de la existencia, todas las personas, todos los ambientes de la convivencia y todos los pueblos. Nada de lo humano le puede resultar extraño” (*Documento de Aparecida*, 29-VI-2007, 380). Y a todos nosotros, «en nuestra relación con el mundo, se nos invita a dar razón de nuestra esperanza, pero no como enemigos que señalan y condenan... (sino) “con dulzura y respeto” (1Pe 3,16) y “en paz con todos los hombres” (Rm 12,18). También se nos exhorta a tratar de vencer “el mal con el bien” (Rm 12,21), sin cansarnos “de hacer el bien” (Gal 6,9) y sin pretender aparecer como superiores, sino “considerando a los demás como superiores a uno mismo” (Flp 2,3)» (EG 271).

Como los grandes testigos del Adviento, que son para nosotros “*testigos de esperanza*”: 1)

Isaías, que alumbra la esperanza de su pueblo, la sostiene en medio de las pruebas y la purifica de tentaciones idolátricas, anunciando su cumplimiento en el *Emmanuel*, el *Dios con nosotros*, que cumple sus promesas y consuela con su pueblo. 2) Juan Bautista, que asume las promesas de Dios y señala su cumplimiento en Cristo, preparando el camino al Señor (como *amigo del Esposo*), invitando a la conversión, anunciando la salvación (el perdón de los pecados) y menguando para que Él crezca. 3) Y la Virgen María, en quien se cumplen las “promesas” de Dios, la Esperanza de Israel: por su *fe* humilde y llena de audacia y su “*fiat*” incondicional a la Voluntad del Padre, *hace posible lo imposible*: que el Eterno entre en el tiempo y el hombre en la Eternidad. Como dice el Papa Francisco: «Como madre de todos, es signo de esperanza para los pueblos que sufren dolores de parto hasta que brote la justicia... Como a san Juan Diego, María les da la caricia de su consuelo maternal y les dice al oído: “No se turbe tu corazón [...] ¿No estoy yo aquí, que soy tu Madre?”» (EG 286). Por eso, al inicio del tiempo de adviento, rezamos con el himno diciendo:

*«Ruega por nosotros,
Madre de la Iglesia.
Virgen del Adviento,
esperanza nuestra,
de Jesús la aurora,
del cielo la puerta.
Madre de los hombres,
de la mar estrella,
llévanos a Cristo,
danos sus promesas.
Eres, Virgen Madre,
la de gracia llena,
del Señor la esclava,
del mundo la reina.
Alza nuestros ojos
hacia tu belleza,
guía nuestros pasos
a la vida eterna».*